

blica á tanto extremo que ya algunas comunas y municipalidades han proveído á resolverla, poniendo en práctica medidas más ó menos acertadas.

La cuestión en efecto no es para desdennarse, desde el momento en que se relaciona con la fundamental cuestión del completo y armonioso desarrollo del ser humano.

Este, confinado en esos atroces antros de vecindad en los que la gente se pudre y contamina, física y moralmente, no puede llegar á ser, si la casualidad no le favorece, más que carne de presidio ó de lugares aún peores si de mujeres se trata.

La promiscuidad, el desaseo, la falta de luz, la pesadez é insanidad del aire, el mal ejemplo ambiente, la banalidad frívola de aspectos y conversaciones; tantos factores de tristeza, maldad y repugnancia ¿á dónde pueden conducir sino al envilecimiento y la abyección de las mejores naturalezas?

El continuo callejeo que es dable advertir como un vicio en el noventa por ciento de los habitantes de la ciudad de México, la estancia prolongada en tabernas, teatruchos, cines y otros lugares indignos de nombrarse, no reconoce otra causa que la natural repulsión que inspira el hogar doméstico, cuando, en vez de merecer tan suave nombre, es un sitio de desagrado, de incomodidad, de ruido, de desorden y de constante malestar.

México, en su parte antigua, es, en efecto, como la llamara Humboldt, una *ciudad de palacios*, de antiguos palacios á la española, viejos, pesados, lúgubres, sometidos á las reglas higiénicas de quienes pensaban que la mucha luz dañaba la vista; el aire producía *dolores de costado* y *alferecías*; el agua gravísimos daños á la salud del alma y á la del cuerpo. Y esos palaciones, ya de suyo incómodos, lúgubres é inadecuados para la vida; pero que en su tiempo, al menos, sólo estaban habitados por unas cuántas personas, por numerosa que fuera la "familia" del magnate propietario, se han convertido por fuerza del tiempo y de las circunstancias en gazaperas repletas de tope en tope, en habitáculos sorprendentes de centenares de personas, en los que el antiguo cuchitril del portero se ha trocado

en vivienda de cuatro piezas, la caballeriza en cinco ó seis habitaciones de á *veinte pesos*, el patio se ha subdividido en cuarenta ó cincuenta espeluncas, con *azotehuela*, cocina y excusado y últimamente las cuadras principales, las salas de respeto y las alcobas del siglo XVII llegan á contener seis ó siete viviendas principales *con todas sus comodidades*, según anuncian en los periódicos los codiciosos propietarios.

No hablemos para nada de las *accesorias*, de esos espantosos habitáculos que parecen ser una reproducción urbana de las cavernas de la edad de piedra, agravadas con la circunstancia de que en aquel remoto pasado no había muebles y en estos tugurios los hay, para reducir el volúmen de aire respirable, para albergar microbios y para mantener la pesadez y corrupción del ambiente.

Sería curioso estudiar los orígenes bárbaros de esta arquitectura mexicana antigua en la que los lugares excusados de nombrar encuentran siempre el lugar preferente y las piezas destinadas á dormitorio el más obscuro y peor ventilado.

En las casas de vecindad de los barrios, todo el conato del arquitecto parece haber sido hacer que convergieran las habitaciones sobre el W. C. destinado á las viviendas bajas, invariablemente situado en el centro de la casa y en la parte más visible de ella, debajo de la escalera central.

En cambio, los corredores altos se ven extrañamente adornados por tantos gabinetitos sospechosos de madera como viviendas haya, gabinetitos que estorban el paso, afean los lugares é infestan la atmósfera.

Como si no bastara esa propensión de los constructores á hacerlo todo feo y desaseado, atentos sólo, ni siquiera á aprovechar el terreno lo mejor posible, sino á satisfacer una rutina absurda establecida hace siglos, los vecinos de estos antros aún parecen esforzarse en contribuir para hacer todavía más eficaz la perniciosa labor de aquéllos.

¿Quién no ha visto esas viviendas de treinta á cincuenta pesos donde los muebles adquiridos al azar de una fortuna varia é inconstante se acumulan hasta impedir todo movimiento, donde el tocador de *tres piedras*, comprado en la Canoa, ocupa, carga-